

COLECCIÓN ΕΠΣΕΨΑΠΟΣ Α ΟΡΑΡ

Pedid y se os dará

La oración de petición

RONALD A. NKOX

Primera edición: febrero de 2014

© Cobel

ISBN: 978-84-15024-87-3

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Presentación.....	7
Abbá, Padre.....	9
Omnia tibi posibilia	23
Transfer calicem hunc	37
Non quod Ego.....	51

Presentación

Durante la Primera Guerra Mundial, el joven Ronald Knox dio estas cuatro charlas sobre la oración de petición. Para eso, se centró en la oración de Cristo en el huerto de Getsemaní, deteniéndose largamente en la aparente contradicción de un Dios que pide “que pase el cáliz” y un Dios que no hace caso. El cáliz no pasa. ¿La oración de Cristo es desoída? Knox, en su maestría, con su característica benevolencia, con la precisión de un teólogo consumado y la elegancia de un literato sin par, aborda este asunto con originalidad, brío y excelente resultado. Quien lea esto rezará más y mejor, para provecho, como diría él, de todos nosotros.

Abbá, Padre

En estas cuatro charlas quiero hablar acerca de las doctrinas que fundamentan la práctica de aquello que se conoce como oración impetrativa: no la oración hecha con la intención de disciplinar nuestras almas en algún sentido, ni tampoco la que se dirige a la unión con Dios, sino aquella otra que tiene por principal intento obtener favores especiales de Él, para nosotros o para otros. Es importante que pensemos en esto, en parte porque en el presente rezamos más y recurrimos más a menudo a este tipo de oración.¹ Pero también porque se trata de un

¹ Estas conferencias fueron pronunciadas durante la Primera Guerra Mundial. [N. del T.]

tema que a menudo genera perplejidad y existe el gran peligro de que nuestras dudas nos induzcan a confusión perturbando así nuestra intercesión, y además porque se trata de un asunto con el que mucha gente se siente confundida o bien no quiere revelarlo por timidez.

Dije que es un tema que nos deja perplejos. Se puede demostrar fácilmente que la oración de adoración, contrición, acción de gracias y súplica se corresponde con los mejores principios de la psicología; por su parte, la oración de quietud es admirada incluso por quienes ni siquiera creen en el cristianismo, siendo que tampoco entienden en lo más mínimo de qué se trata: en los días que corren entre nosotros está lleno de budistas.

Como fuere, lo cierto es que, al igual que los budistas y a diferencia de los musulmanes, la mayoría de nuestros compatriotas no creen en la oración impetrativa, aun cuando la practiquen. Nos fue enseñada cuando estábamos en el regazo materno, y entonces parecía sumamente simple: seguimos con esta oración por la fuerza de la costumbre y poco a poco dejamos de

reflexionar acerca de si realmente esperamos que sea oída o no. Y de repente somos despertados de un sobresalto: el padre, con sus rodillas dolientes de la larga e involuntaria vigilia, contempla el rostro de su hijo muerto; el agricultor, viendo sus sembrados arruinados, levanta con la horquilla un haz de paja y pregunta: “Dios mío, ¿a esto llamas una cosecha?”. Y luego... luego se ponen a pensar. Y recurren al clero para alguna explicación, y por alguna razón la única explicación del clero de hoy es la de decir que “la oración ayuda tanto...” “Pero, Padre, he estado de rodillas durante días enteros, durante semanas enteras y no ha pasado nada.” Sí, pero la oración ayuda tanto... El hombre insiste: “Pero ¿cómo puede Dios conceder lo que le pedimos en oración? ¿Y cómo es que puede conceder a algunos lo que le piden en oración y a otros no? No lo puedo entender.” Y el sacerdote reitera: “Tampoco yo, pero no podrá negar que la oración es una gran ayuda.” Y el hombre no se da por vencido: “Pero ¿cómo puede ser que la oración sirva de algo, cuando la misma compasiva Madre oye los rosarios de un bando de esta guerra rezados con intención opuesta a los rosarios del otro bando?” “Sí, señor, tiene razón, esto es

claramente muy misterioso, pero verá... la oración ayuda tanto...”

Pero, ¿sabeis una cosa? No es eso lo que dijo Jesucristo. Cristo dijo: “Si dos o más de vosotros se pusieran de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan, se les concederá por mi Padre celestial.” (Mt. XVIII:19). Cristo dijo, “Pedid y se os dará” (Mt. VII:7). Cristo dijo, “Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a esta montaña: «Pásate de aquí, allá», y se pasaría (Mt. XVII:20) y, “Diríais a este sicomoro: «Desarráigate y plántate en el mar», y os obedecería” (Lc. XVII:6).

Acerquémonos a esta cuestión un poco más. Acerquémonos a la fuente de toda devoción. Escondámonos entre los olivares del Huerto y oigamos a Jesucristo rezar.

Dios es Padre

Abbá, Padre. Habla el Hijo de Dios: la imagen de su Persona, el heredero de todos los mundos, que existe por sí mismo, y con todo, tomando su existencia de la Fuente que es Dios Padre de quién emana toda existencia. Pero también habla como Hombre, como uno de nosotros.

¿Qué queremos decir cuando llamamos a Dios “Padre”? En primer lugar, indudablemente, que nos llamó a la existencia. Ahora no es cuestión de andar felicitándonos por eso. Nos llamó a la existencia para su propio gozo, sin consultarnos, sin darnos la elección de no existir. Nuestros ancestros solían dar muestras de gratitud a sus padres por el don de la vida; no así el degenerado del teatro moderno que le espeta al padre: “¿Con qué derecho me trajiste a la existencia para hacerme heredero de todas las debilidades de la carne humana, para exponerme a todas las bofetadas de las circunstancias, y todo eso sin pedirme permiso?”.

Y constituye una terrible responsabilidad: esto de que entre los dos, un hombre y una mujer conjuren una tercera personalidad humana, en la que Dios insuflará un alma humana viviente, un alma que luchará, pecará, amará, sufrirá, y que tal vez termine en el Infierno. Ahora bien, Dios es vuestro Padre en el sentido de que es responsable de vuestro cuerpo y de vuestra alma; Él es la fuente de toda vida; creó las almas condenadas. Ante todo es nuestro padre en ese sentido.

¿Es un Padre bueno?

También se puede concebir la hipótesis de que Dios no es bueno. Que nos creó porque se le antojó, por mero capricho, y habiéndonos creado, nos deja para que nos las arreglemos solos, como un padre terrenal avergonzado de su carne y de su sangre que no provee por él. Después de todo, a lo mejor aquí está el secreto de la existencia, que sólo somos los juguetes de Dios; los colores dados por las variopintas personalidades, sin que John Silver, el Largo, sea más necesario que el Capitán Smollet.² O quizá, en realidad no le importa lo más mínimo, y después de habernos creado, nos inscribe en el colegio de la Naturaleza, esa mala enfermera que nos abofetea, nos vuelve a curar, nos conduce, nos tumba en el suelo, se ríe de nosotros estirando y luego, cuando ya no le servimos más, nos arroja a la basura y tal vez Dios le deja hacer y no interviene en nada de esto. O bueno, también puede ser que vayamos de peones en una gran partida, mucho más allá de nuestra comprensión, y que de nuestras acciones dependen gigantescas

² Personajes de “La Isla del Tesoro”, la novela de Robert Louis Stevenson.

batallas, que hay grandes expectativas depositadas en nosotros, pero que no están en juego cuestiones nuestras, que nuestras expectativas están desconectadas de aquello, que se juegan cosas que nada tienen que ver con este insignificante planeta: no somos más que insectos corales, construyendo con frenético empeño los cimientos de una historia supra-mundana.

Eso no es cierto. Si Dios existe, no podemos pensar en Él sino como bueno, y si es bueno, y si nos hizo, no podemos sino creer que acepta, al crearnos, su responsabilidad por eso; que está listo, para mostrarnos, en el día en que todas las cosas se pondrán de manifiesto, que nos hizo para nuestro propio bien, para refutar el grito decadente, ése que protestaba “¿Con qué derecho me trajiste al mundo?”. Por tanto, Dios es nuestro Padre en el segundo sentido de la Paternidad, en el sentido de que no sólo nos hizo, sino que además provee a nuestras necesidades. En ningún caso podría haber jugado con nosotros otorgándonos un sentido de lo que está bien y lo que está mal, si en realidad eso no tuviese importancia. Nunca podría haber sido tan cruel como para hacernos desear

la vida eterna si no estuviese dispuesto a dárnosla. Jamás podría haber hecho un Cielo para nuestra recompensa y un Infierno para nuestro castigo si no nos diese al mismo tiempo a cada uno de nosotros gracia suficiente para alcanzar el uno y escapar del otro si queremos. Todo lo que hay en el mundo de malo tiene que ser resultado del pecado de los hombres o un medio para que los hombres puedan perfeccionarse. He aquí entonces, el primer gran paso, de veras, que se nos pide, la asombrosa exigencia con que nos hallamos: creer en la bondad de Dios.

Dios no se “cansa” de nosotros

Dios es nuestro Padre, desde que nos hizo; es nuestro Padre, desde que provee por nosotros. Pero más todavía, es un padre verdadero; no se cansa de nosotros (como un creador podría cansarse de sus creaturas), al contrario, nos persigue con su amor. Su hijo ha jugado al truhán, se ha vuelto pródigo, ha pedido y recibido toda la parte de su herencia que podía esperar, y por su culpa la dilapidó sin sentido alguno. Dios no lo despide con un céntimo; el mendigo andrajoso a las puertas de la posada ha malgastado

cualquier reclamo que le quedaba para que se lo trate con consideración. Ahora es un tipo distinto, a todo efecto, de aquel que un día partió para abrirse camino en el mundo, pero el hecho es que sigue siendo un hijo. Eso también pertenece a la bondad de Dios: en el mismo momento en que besaba a su Maestro, había gracia bastante en el corazón de Judas como para que fuera posible su arrepentimiento. Indudablemente eres nuestro Padre, por más que Abrahán no nos haya conocido y que Israel no nos conozca. Nunca seremos demasiado pecadores como para no poder rezar, nunca tan pecadores que no se pueda rezar por nosotros.

El amor de nuestro Padre no es sólo el amor de un artista por su obra, pues ese amor cesa en cuanto la obra se acaba. Ni tampoco es meramente el amor de un amigo, pues el amor de un amigo puede retirarse cuando todo reclamo resulta en vano; el amor de Dios, como el amor de una mujer, todavía se aferra a lo que eras, cree en lo que podrías ser. Pero el amor de Dios supera incluso el amor de una mujer, pues le es dado a cada uno por igual. Nada sabe de limitaciones terrenales:

Un amor como el mío, nunca soportaría
un rival en su trono.

Dios nos ama personalmente, con la misma fuerza de deseo con que ama al mundo entero. Ése es el secreto de la Paternidad; en el íntimo santuario de la existencia intemporal, en el corazón de esa luz a la que nadie puede acercarse está Uno que nos ama, uno a uno, como si no contase con otros hijos a quienes amar, allí hay una llama concentrada exclusivamente en cada uno de nosotros. La ubicuidad de Dios Padre no significa solamente que Dios está en todas partes; significa que en cada lugar está tan plenamente presente como en el resto de la Creación toda. Y la atención Divina es tal que, aunque se dirige a todas partes, sin embargo se concentra totalmente en un punto cualquiera. Cuando recéis, recordad que estáis “solus cum solo”, que Dios está en ese momento pensando en ti, individualmente, prestándote más atención que la que tú le prestas a Él.

El Padrenuestro

Nuestro Salvador mandó a sus discípulos, “Cuando oréis, decid «Padre Nuestro»”. Nada

de decirle “Padre-Nuestro-que-estás-en-los-cielos”; hay que decir, “Padre Nuestro, que estás en los cielos”: las primeras dos palabras son la manifestación clara de la primera disposición requerida para la oración, el reconocimiento de la bondad de Dios. Así decimos que no estamos rezando ciegamente, por si acaso, con la esperanza de que sirva de algo y la certeza de que mal no nos puede hacer. Estamos confesando que, incluso sin rezar, contamos con todo lo necesario, absolutamente todo lo necesario. Mostramos un amor y confianza que no se amilanará si Él se niega a otorgar lo que pedimos. Calmamos el tumulto de nuestras esperanzas y pasiones incluso antes de que las expresemos en su presencia: por urgente que sea vuestra necesidad, siempre habrá tiempo para detenerse en estas dos primeras palabras, como Jesús mismo lo hizo cuando cayó sobre Él la Agonía y las antorchas de sus perseguidores llameaban en la cuesta de aquel huerto. Antes de que comience la oración habrá que apagar y disciplinar el llanto de la emoción. Menudo coraje hace falta para confesar una cosa tan tremenda: “Tú eres mi Padre”: el hombre y la Natureleza y los pecados de todas las edades y las tribulaciones del mundo

parecen protestar en franca contradicción con lo que están confesando.

Y ahora pensemos por un momento que no es así. Intentemos por un momento construir un universo que a Dios no le importe en absoluto. Supongamos que nada más ofenderle ya no tenga interés por nosotros. Entonces, ¿quién de nosotros sabría cómo concertar audiencia con Él? O imaginad que Él oye nuestra voz, pero sólo como una más en medio del estrépito de una enorme turbamulta de suplicantes ¿Nos podemos imaginar esto? Francamente no, bien sabemos que lo opuesto es verdad. Pero la conciencia de esta realidad debe calar bien hondo en nuestro corazón si queremos que nuestra oración sea algo más que mera formalidad.

Pasar diez minutos, si hacen falta diez minutos, en realizar este primer sencillo acto de fe están mejor empleados que diez minutos de oración impetrativa que no esté fundada en esta confianza.

Ponerse delante de Dios

En su visión nocturna, Jacob dice: “No te dejaré ir. No te dejaré ir si no me bendices”. Y Dios res-

ponde: “¿Cuál es tu nombre?” y cuando lo oye, lo corrige: “En adelante no te llamarás más Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con hombres, y has prevalecido.” (Gén. XXXII:26,27). Quizá vuestro nombre sea poco conocido para el mundo, y tal vez a vuestras espaldas se pronuncie para la crítica y el desprecio; pero hay un nombre secreto por el cual Dios os conoce y en sus oídos resuena con dignidad de príncipe; por insignificantes que seáis, aún sois una persona para Él; con toda vuestra debilidad, todavía conserváis influencia en sus consejos.

Cuando la oración se os haga dificultosa, tratad de recordar que Él os conoce por ese nombre; que todo el amor y la devoción con que podéis pronunciar el Santo Nombre de Jesús os son devueltos, con tanta particularidad y con propósito infinitamente más eficaz, en el susurro inaudito con el que os llama, sus propias ovejas, por vuestro nombre.